

## **“Chakas” y “pibes chorros”: culturas juveniles “desviadas” en la Ciudad de México y Buenos Aires**

**Autora: FRERE AFFANNI, ANA INÉS**

**Eje 4:** Poder, conflicto, cambio social

**Mesa 154:** *Cuestión securitaria, delito y orden social. Las sociologías del control social*

**Pertenencia institucional:** Universidad Autónoma Metropolitana (México)- Universidad de Buenos Aires

anifre@gmail.com

**Palabras clave:** “Pibes chorros”, Reggaetoneros, desviación, estigma

### **Introducción**

En esta ponencia presentaré los resultados principales de mi tesis de maestría “*Chakas*” y “*Pibes Chorros*”: *culturas juveniles “desviadas” en la Ciudad de México y Buenos Aires* (UAM-México). En ella abordé los discursos circulantes en torno a dichos colectivos, ambos ligados a las juventudes populares, sumamente estigmatizados, muchas veces relacionados con la delincuencia y, por ello, criminalizados. Partiendo de esa premisa, el objetivo fue indagar sobre cómo se constituyen las figuras de estos jóvenes, en primer lugar, a partir de los discursos exógenos. Allí, analicé dos grandes tipos de materiales: por un lado, los que abiertamente expresan su desprecio hacia estos grupos y, por el otro, los que buscan cierta reivindicación o defensa de los mismos. Luego, a partir de esa construcción externa que, como se verá, resulta en el etiquetamiento de estos jóvenes como desviados, me interesó abordar algunos aspectos de la auto construcción de la identidad de los “chakas” y los “pibes chorros”. Antes de pasar a los resultados de la investigación, preciso realizar algunas aclaraciones. En primer lugar, sobre los sujetos de estudio. En el caso argentino, los jóvenes conocidos como “pibes chorros” son fruto de los procesos de pauperización, marginación y precarización que las sucesivas generaciones fueron sufriendo a partir de los años setenta, y profundizados en los ochenta y noventa (Míguez, 2010, p. 61). A fines de esta década y principios de los 2000, especialmente de la mano la cumbia villera, los “pibes chorros” comenzaron a visibilizarse, y hasta ahora el tema no ha perdido relevancia. Por su parte, en México, hacia mediados de la década del 2000, comenzaron a etiquetarse exógenamente como “chakas” a ciertos jóvenes con marcadores identitarios particulares, provenientes de barrios populares de la Ciudad de México y vinculados con el reggaeton (Ernesto, 2014, p. 54).

Ambos colectivos se presentan como “otros” en nuestras sociedades, como “desviados” y esto, sin lugar a dudas, impacta en cómo construyen sus identidades. Son construcciones sociales que proyectan determinados miedos, relacionados con viejos imaginarios sociales negativos (Rodríguez Alzueta, 2016, pp.26-27; Omaña, 2017, p.70). Ambas identidades

juveniles, por lo tanto, actualizan antiguos estigmas que pesan sobre las juventudes populares. Ahora, mi bien mi investigación se centró en las numerosas representaciones (generalmente negativas) que pesan sobre estos jóvenes, dichas representaciones, aunque parezcan tener vida propia, no van separadas de la historia. Es decir, estos sujetos se relacionan con procesos históricos muy concretos: tanto los “pibes chorros” como los “chakas” son jóvenes que crecen al calor de los efectos materiales de la implantación del neoliberalismo en América Latina –en un sentido de reformas pero también en cuanto sentido común y cambio en las sensibilidades, donde todo pasa a la esfera del consumo– y de la crisis de las instituciones “tradicionales” de socialización (trabajo, escuela, familia, etc.).

En segundo lugar, es importante explicar que la intención de este trabajo partió de mi interés por lo que se da a llamar *discurso hegemónico de la inseguridad* (Seghezzeo, 2010; Velázquez Ramírez, 2012; entre otros). Justamente por poner su foco en los delitos asociados con la pobreza, de esta formación discursiva emerge una figura muy particular de delincuente, y éste fue, en un comienzo, el interés central del trabajo: cómo los jóvenes de sectores populares urbanos, en particular los “chakas” y los “pibes chorros”, desde este discurso, son construidos como delincuentes y con qué características. Por lo tanto, lo que dio origen a la comparación fue una observación a priori: dos grupos que, a pesar de sus particularidades y de estar insertos en contexto diversos, tienen designados (y se espera que cumplan) ciertos atributos y normas de conducta muy similares, que definen su rol social asignado (Goffman, 2012), el cual parecía ser el de delincuente.

Sin embargo, con el transcurrir de la investigación, mi interés fue virando hacia un concepto más amplio, el de la desviación (Becker, 2009), como categoría que expresa el distanciamiento de una norma, ya que fui observando que los discursos sobre las identidades juveniles en cuestión no se limitaban a las asociaciones con el delito, sino a la ruptura de ciertas reglas sociales en un sentido más abarcativo. Es decir, ya no solo importaba la construcción de estos jóvenes como delincuentes (“en acto” o “en potencia”), sino todos los elementos que contribuían a que estos sujetos fueran catalogados como desviados y, en tal sentido, se ubicaran en una posición subalterna.

Con esta ampliación de los objetivos del trabajo, surgirían otras preguntas que dieron lugar al desarrollo de la categoría de “jóvenes hegemónicos”, así como a trazar algunos elementos de la identidad que los reggaetoneros y los “pibes chorros” construyen en función de y como respuesta a los discursos exógenos alrededor de ellos. No dar lugar a la reflexión sobre cómo estos jóvenes se piensan a sí mismos me parecía que era invisibilizarlos y repetir ciertos problemas que justamente marqué luego al analizar ciertos materiales. Este análisis, sin embargo, parte de la idea de que la identidad, compleja, se construye en este juego entre lo que se dice de ellos y cómo los jóvenes se lo apropian y lo resignifican, o lo niegan e intentan desembarazarse de los estigmas.

## **1. “Chakas” y “pibes chorros” en plataformas digitales de redes sociales: el estigma y la desviación**

La tesis se dedicó, para comenzar, a brindar una primera mirada a la estigmatización que reciben los jóvenes llamados “chakas” y “pibes chorros”. Indagué en los estereotipos que se les atribuyen en la red social Facebook principalmente, aunque también incluí Instagram, Twitter, Blogspot y Taringa, de modo de encontrar regularidades y dispersiones en la forma de construir sus figuras. En este caso, seleccioné grupos y perfiles donde el desprecio y estigmatización a los jóvenes en cuestión se realiza muy abiertamente.

A partir del análisis realizado, y en sintonía con los diversos trabajos que ya han indagado sobre estas identidades juveniles, podemos decir que se etiqueta exógenamente a estos jóvenes pobres como desviados, en tanto “cumplen” (y en ellos se corporizan) ciertos atributos y normas de conducta específicas que los alejan de lo hegemónico. Es decir, de estas identidades juveniles se espera que respondan a ciertas características de acuerdo con su fachada y a su rol social, que los “definen” como “chakas” y como “pibes chorros”.

Entre esos atributos, se halla, en primer lugar, el vestir, que se identifica con lo vulgar, así como una estética que no se apega a lo hegemónico, especialmente por remitir a la condición de clase de estas juventudes. Otro elemento que hace que un joven sea, para la mirada externa, un “pibe chorro” o un “chaka” es la música que consume: cumbia villera en el caso de los primeros y reggaeton (con el perreo como baile asociado) en el de los “chakas”. Un tercer atributo asignado es su pertenencia a los barrios pobres de las dos grandes urbes. El siguiente elemento que trabajé fue la religiosidad. En los materiales analizados, los “chakas” son asociados al culto de San Judas Tadeo, mientras que los “pibes chorros” a San La Muerte y al Gauchito Gil. En ambos casos, el atributo desviado no pasa por la religión en sí, sino de qué santos son devotos y cómo practican su fe. Por su parte, también el lenguaje se erige como un atributo que caracterizaría a estas identidades y, en ambos casos, son vinculados a la ignorancia y a la incorrección.

Además de estos atributos, existen también ciertas normas de conducta que son asociadas con los “chakas” y los “pibes chorros”. En primer lugar, sus formas de esparcimiento, que remiten a su supuesta condición ociosa. En cuanto a los “pibes chorros”, la vagancia es una forma de identificarlos. Para los que estigmatizan a los “chakas”, el problema está en su manera de bailar y en las fiestas que realizan. Otra norma de conducta que es asociada a estas juventudes es el consumo de drogas baratas; la mona en el caso de los “chakas” y el paco en el de los “pibes chorros”. Nuevamente, este consumo los ubica dentro de la desviación y bajo la sospecha de la ilegalidad.

Por último, la violencia y la delincuencia se manifiestan no solo como una consecuencia de todos los atributos y conductas mencionados, sino también como elementos particulares que los identifican. Esto es más evidente en el caso de los “pibes chorros”, mientras que en los

discursos sobre los “chakas” se trata de una cuestión más que los ubica dentro de lo desviado, pero prácticamente en el mismo nivel que los otros atributos.

Por todo lo hasta aquí dicho, es posible afirmar que la construcción de la identidad de estas culturas se hace en función de cierto estigma sobre ellas, entendido como un atributo profundamente desacreditador en un individuo, un tipo de relación muy particular entre atributo y estereotipo (Goffman, 2006, p.13). Desde esta perspectiva, puede entenderse a los “chakas” y a los “pibes chorros” como individuos y colectivos desacreditados y desviados, pues la información que transmiten de sí mismos pone en evidencia la diferencia. Estigma y desviación se construyen como tales socialmente, y en un contexto histórico determinado, por lo que no es la información en sí misma (los atributos que especifiqué) la que los hace ser discriminados, sino cómo todas esas características son significadas (Goffman, 2006, p.13). Significación que en este caso tiene que ver fundamentalmente con la cuestión de la clase y, dada la relación de ésta con la raza, con el ser “negro” o moreno.

La desviación de la norma se manifiesta de forma muy clara en numerosos *memes*, dentro de los cuales destaco dos que parecen resumir mucho de lo que trabajé en la primera parte de la tesis: “Negro cabeza” y “Anatomía de un Brayan” (ver anexo). En primer lugar, los “chakas” y los “pibes chorros” encarnan todo lo que se aleja de lo hegemónico: son de “tez humilde”, “negros”; pobres que compran ropa clonada o de segunda mano, o que usan vestimenta costosa que levanta sospechas puesto que se contrapone a su condición económica (“no tienen plata”).

Por lo tanto, insisto, el estigma se basa, por un lado, en la clase de estos jóvenes. Como he dicho anteriormente, en el marco de la implantación del neoliberalismo en América Latina, se desarrolla un discurso hegemónico que acota la (in)seguridad a los delitos callejeros y vinculados a los sectores populares. De esta forma, los pobres se van construyendo como los enemigos de las urbes. Además, también en este marco neoliberal abundan las ideas meritocráticas de esfuerzo personal y salida individual, que terminan responsabilizando a estos sectores de su situación, lo cual explica la constante ridiculización a la que son sometidos en los discursos analizados (por ejemplo, por vestir ropa clonada en el caso de los “chakas”), o que se los acuse de elegir robar antes trabajar (porque “son vagos”).

En segundo lugar, está el tema de la raza. Éste es mucho menos explícito en los discursos sobre los “chakas” que en el caso argentino. En este punto, es posible que los procesos sociohistóricos particulares que se dieron en cada país estén marcando estas diferencias. A grandes rasgos, como dice Quijano (2014), la construcción del Estado Nacional moderno en Argentina se realizó mediante el exterminio masivo de los indios (con el objetivo de homogenizar a la población nacional) y con la recepción de millones de inmigrantes europeos, lo que otorgó una apariencia de blanquitud. Se conformó así una identidad más identificada con lo europeo que con lo latinoamericano o, al menos, con lo indígena. Así, “lo negro” –que

refiere a todo lo no blanco, todo lo que tenga esa “marca del indio” (Segato, 2007) como, por ejemplo, la tez morena—, constituido como inferior, cuenta con una larga y manifiesta historia en el caso argentino. Esto no quita que, respondiendo al estigma, para los “pibes chorros”, el ser “negro” pueda ser una marca identitaria resignificada y reivindicada.

En el caso de México, por el contrario, como también nos indica Quijano (2014), no se produjo una eliminación masiva de la población india y mestiza, pero sí se la excluyó de la toma de decisiones en la organización del nuevo Estado, asumida por una minoría blanca. Paralelamente, se emprendió una asimilación de lo indígena en la “cultura nacional”, basado en un proceso que combinó una “desindianización subjetiva” —que construyó un “orgullo indio” o “mestizo” a partir de la apropiación de las conquistas culturales de los colonizados— con una fuerte discriminación y disminución de lo indio. Esto quizás explica que, aunque sí haya discursos discriminatorios hacia quienes tienen la “marca del indio”, tanto en los discursos exógenos como en las propias producciones culturales trabajadas esté prácticamente invisibilizado que estos jóvenes pobres son también morenos.

Asimismo, también cabe decir que una de las cuestiones que más resalta en la *Anatomía del Brayan* es el tema del género: en los varones, el estigma es sumamente homófobo (ser homosexual se presenta como algo criticable y vergonzoso, ya sea por el corte de pelo, la forma de agarrar el cigarro, la ceja depilada, la camisa floreada, etc.), y en el caso de la mujer, se critica la promiscuidad (“madre soltera de tres bastardos de diferente chile”). Por lo tanto, en estos discursos hay una fuerte subordinación de todo lo que no se amolde a la masculinidad hegemónica (heteronormada), donde las disidencias sexuales están más cerca de lo femenino y, por ello, disminuidas, en una escala menor en la jerarquía de género.

Por último, todas estas características pueden ser sintetizadas en dos grandes representaciones que parecen sustentar las formaciones discursivas alrededor de estos jóvenes. En primer lugar, que los “chakas” y los “pibes chorros” tienen atributos que remiten a lo abyecto, porque, como dije, a su vez remiten a su condición de clase y raza. Todos ellos, combinados y portados en los cuerpos de estos jóvenes, los alejan de lo hegemónico. Los identifica como animales, involucionados, vulgares. En este sentido, en cuanto no cumplen con la norma, en las redes sociales hay una idea de que son ridículos pero, sobre todo, desagradables.

En segundo lugar, que estas culturas juveniles constituyen una amenaza para “la sociedad” y que, por ello, son eliminables. La supuesta amenaza de los “chakas” proviene de su estética (los cortes de pelo “extravagantes”, la ropa clonada, los accesorios exuberantes, la estética “femenina”, etc.) o por sus prácticas no apegadas a la norma, como el perreo, el moneo, la devoción a un santo en particular o sus actividades delictivas. Así, estas últimas constituyen un aspecto más de la desviación.

En el caso de los “pibes chorros”, la construcción de una identidad disminuida recae más

específicamente en la figura de la delincuencia y la peligrosidad: presentados como chicos sin futuro, que no tienen nada que perder y que, por tanto, son “incontrolables” (Saintout, 2002, pp. 103-105). Ante la falta de perspectivas, “son capaces de matar por un celular”.

Ahora bien, más allá de que la delincuencia sea un elemento que atraviesa mucho más fuertemente los discursos sobre los “pibes chorros” que los de los “chakas”, donde es una característica más de lo no hegemónico, ambos grupos son presentados como desechables. Esto está íntimamente relacionado con el hecho de que estos jóvenes se presentan como los sujetos que afectan de forma directa al valor más sagrado de la sociedad neoliberal: la propiedad privada. En el neoliberalismo todos los valores y prácticas se someten a la lógica del mercado y como sistema ha permeado de tal forma que se ha convertido en sentido común, un tamiz por el cual pasa nuestra forma de percibir y comprender las cosas (Emmelhainz, 2016, p.19). Si esta lógica de la propiedad privada permea de tal forma en el sentido común, ¿qué lugar queda para aquellos que atentan contra ella? Si bajo estos jóvenes, por ser pobres y tener “la marca del indio”, recae como mínimo la sospecha de ser delincuentes en potencia, aunque sea de poca monta, cobra sentido en este marco que se imponga su desechabilidad: es más, será conveniente eliminarlos.

De esta forma, los discursos que se han trabajado aquí no se limitan a lo retórico, sino que tienen efectos materiales: además de naturalizar la idea de que estos jóvenes son eliminables, se exigen y habilitan leyes, políticas públicas y accionar policial que los criminaliza, se construyen “ciudades fortaleza” que separan a los ricos de los barrios pobres, y se extiende una industria privada de la seguridad que favorece la utilización de tecnología contra los jóvenes pobres, en pos de proteger a los más ricos (Davis, citado en Vite Pérez, 2006, p. 501; Rangugni, 2010, p.246).

## **2. Subalternidad y hegemonía**

Mientras hasta el momento había utilizado materiales abiertamente discriminatorios, en el siguiente capítulo me dediqué a analizar cómo los discursos estigmatizantes sobre estos jóvenes también pueden hallarse en formas más sutiles, incluso por parte de quienes (también externamente) intentan reivindicar sus identidades. En tal sentido, trabajé con cinco audiovisuales de corte más progresista: para la cultura juvenil argentina en cuestión, el largometraje documental *Pibe chorro*, estrenado en 2016 y dirigido por Andrea Testa. Éste, a través de diversos recursos, busca cuestionar los discursos hegemónicos sobre estos jóvenes. Para el análisis de los reggaetoneros, seleccioné cuatro videos producidos por VICE. En primer lugar, *Combos reggaetoneros* (2013), que se enfoca en esta configuración grupal característica de la cultura juvenil en cuestión. Luego, otros tres materiales que abordan el mundo de los Djs mexicanos de reggaeton *underground* y cumbiatón: *Pablito Mix y los súper*

*ídolos del cumbiatón* (2013), *Pablito Mix y la evolución del cumbiatón* (2017) y *Uzielito Mix* (del ciclo Familia adoptiva, 2019). En cada uno de ellos fui analizando quiénes y de qué forma hablan (en el sentido de Spivak, de acceso al lugar de enunciación), con el objetivo de reflexionar acerca de cómo, a partir del etiquetamiento como desviados, estos jóvenes permanecen en una posición subalterna.

Ahora bien, el concepto de subalterno pone de relieve no solo la distancia con la comunidad de “lo joven hegemónico”, sino también la imposibilidad de estos sujetos de “hablar” o, más bien, de ser escuchados. Es decir, los “chakas” y los “pibes chorros” no solo van contra ciertas normas establecidas como correctas, sino que esas ofensas, que se relacionan con cierta condición de clase y raza, los ubican en una posición subalterna.

Mientras podemos definirlos como desviados en cuanto a cómo son etiquetados, el concepto de subalternos supone una mirada más amplia, que incluye ya no solo los atributos y normas de conducta que se les asigna, sino también la reflexión sobre su posición subordinada en relación al poder y a otras clases o grupos sociales (Gramsci, 2004). En dicho lugar subordinado, los subalternos no pueden ser sujetos de su propia historia, pues sus voces son silenciadas y negadas (Guha, 1999, p.18).

Por razones de espacio, no será posible abordar aquí cada uno de los puntos trabajados, pero retomo algunas cuestiones centrales relacionándolas con la discusión que propone Spivak (2003, p.308) sobre los dos significados de representación: como “hablar en favor de” (*Vertreten*), como en la política, y como re-presentación (*Darstellen*), como en arte o en filosofía. Confundirlos puede llevar a dos problemas: creer que el subalterno puede dar a entender su mensaje (o sea, que puede hablar) o suponer que el intelectual puede “hablar por él” (Asensi Pérez, 2009, p.14-16).

El primero parece ser el caso de los documentales de VICE: se dejan las voces de los reggaetoneros, sin intervención aparente del documentalista. Aunque se da un paso más en permitir que ellos “puedan hablar”, en tanto son los relatores en primera persona, hay algunos juegos muy sutiles que siguen dejando en una posición inferior a los jóvenes. Por ejemplo, al incluir el testimonio del gerente de seguridad del metro afirmando que estos grupos se ponen en peligro a sí mismos y a los demás, mientras se incluyen las imágenes de unos disturbios en la Ciudad de México atribuidos a los reggaetoneros; o todas las imágenes que dejan al espectador la idea de desorden, de consumo de drogas y sexualidad descontrolada, etc. Que lo que dicen los jóvenes sea contradicho por las imágenes que el documentalista decidió intercalar, permite afirmar que estos jóvenes aquí siguen silenciados; no pueden hablar.

La asunción de estar “hablando por”, y presentarse como transparentes, por otra parte, se puede estar dando en *Pibe chorro*; donde las voces subalternas desaparecen completamente: son adultos queriendo hablar por ellos, expresando sus dificultades y justificando, si es necesario, su accionar delictivo. Aunque en entrevistas posteriores la directora afirme que esta

ausencia es intencionada y que lo que se pretende es interpelar al lugar desde el cual se habla (adulto, de clase media), para el espectador lo que queda es otra cosa: mientras se cumple el objetivo de evidenciar un discurso que estigmatiza a los jóvenes, se refuerza la idea de un sistema que los lleva al “matar porque ya están muertos” y que no queda otra alternativa para estos chicos. No tienen futuro, no tienen nada que perder. Y ese es el relato que llega al espectador; cierta idea paternalista de que estos jóvenes son víctimas, sin agencia suficiente. Tan silenciados están, tan incapacitados de hablar por sí mismos, que nunca aparecen en primera persona.

### **2.1. Jóvenes subalternos y hegemónicos**

Si estos jóvenes son etiquetados como desviados, surge la pregunta: ¿en relación a qué lo son? Si esa desviación los mantiene en la subalternidad, ¿qué es lo hegemónico? En tanto posición relacional y contextualizada históricamente, frente a la figura subalterna siempre hay una figura hegemónica (Fraga, 2013, p.399). En este apartado, a partir del análisis de los documentales, construiré algunas aproximaciones a la categoría de “jóvenes hegemónicos”, frente a la cual hay desviación y subalternidad.

Es decir, no basta con afirmar que estos jóvenes son desviados, sino que hay que explicar respecto de qué se desvían; qué se manifiesta, en este momento histórico, como aspirable y deseable en los jóvenes, seguramente desde una mirada adultocéntrica; y que los “chakas” y los “pibes chorros” no cumplen. En ese sentido, además, indagar extensivamente qué se constituye como “juventudes hegemónicas” nos evitará caer en conceptos reificados y pétreos que, si los damos por obvios, terminan por no explicar nada.

En primer lugar, me dediqué a recuperar algunas características de esos jóvenes más cercanos a lo hegemónico, a partir de los argumentos de defensa de los “pibes chorros” y los “chakas”. Es interesante ver cómo, en ese intento de acercar a los desviados al hegemón, nos dan pistas de cuál es el “deber ser”, de cómo deben ser los jóvenes hegemónicos. Es decir, al negar ciertos estereotipos que pesan sobre los “chakas” y los “pibes chorros”, nos están diciendo cuáles son las aspiraciones, cuáles serían las características necesarias para pertenecer a esa “comunidad virtual de lo joven hegemónico”. Así, llegué a la idea de que un “buen joven” es inocente o víctima (especialmente en el caso de los “pibes chorros”, porque son mucho más asociados a la delincuencia); no consume drogas baratas; tiene éxito, pero éste ha sido “bien ganado” (donde cobra importancia el tema del trabajo y los estudios); y posee importantes lazos familiares y de amistad.

Luego, trabajé con un segundo abanico de elementos que tienen que ver con lo que en los documentales se afirma que sí son los reggaetoneros y los “pibes chorros”, pero que sabemos que son los atributos que precisamente los ubican fuera de lo hegemónico. Si la identidad del subalterno se da en un sentido negativo, por el autoreconocimiento de lo que no se es, fruto



de la negación y disminución por parte de los que están en posiciones superiores (Guha, 1999, p.18), aquí intenté reconstruir el camino inverso: reconocer qué es lo hegemónico a partir de su distancia de lo que sí son los subalternos, en este caso, los “pibes chorros” y los “chakas”, y que, como vimos anteriormente, los construía para la mirada exógena como desviados. Aquí podemos mencionar a la cuestión religiosa (en el caso de estas juventudes subalternas, ligada a prácticas públicas y no necesariamente aceptadas por la Iglesia Católica); y las disputas con la autoridad y con el orden de parte de los “chakas” y los “pibes chorros”, que nos muestran cierta idea de los jóvenes hegemónicos como pacíficos y ordenados.

Finalmente, el tema de la clase: el subalterno es pobre y muchos de los atributos que son asociados a las culturas juveniles en cuestión se relacionan con ello. Ahora bien, la clase es un eje transversal a todos los otros elementos de la desviación; es la que está marcando que los “pibes chorros” y los “chakas” se alejen de los jóvenes hegemónicos y no logren salir de su condición subalterna. Dicho de otra manera, cada uno de los atributos y normas de conducta que se les asigna son desviados *porque* remiten a las clases populares.

En oposición, los jóvenes hegemónicos son aquellos que cumplen con ciertas características donde lo fundamental no es el qué sino el cómo: no importa qué atributo en sí mismo portan, sino la forma que toman esos elementos y prácticas, que no deben dejar dudas de una condición de clase más alta. Es decir, no puede pesar sobre ellos ni siquiera la sospecha de pertenecer a las clases populares.

Por otra parte, cabe decir que el documental *Pibe chorro* hace explícito que es la condición de clase la que determina que estos jóvenes permanezcan como subalternos y alejados de la norma, sin otra alternativa más que cumplir con los atributos que se les asigna. En los documentales de VICE, en cambio, no se hace explícita la criminalización de los “chakas” basada en la clase, sino que es fundamentalmente a partir de los atributos mencionados que se deja en evidencia que la mayoría de estos jóvenes pertenecen a los sectores populares. Es decir, no hay momento en que se explicita que la estigmatización se basa en su origen social, sino que el énfasis se hace en los “atributos desviados” por separado (la forma de vestir, el barrio, la falta de educación, el consumo de una droga barata y accesible como la mona, etc.). Es más, desde esta perspectiva, la estigmatización incluso puede basarse en llevar un estilo de vida diferente, en ser una minoría; pero no en la pobreza en sí. Y, sin embargo, todos esos atributos remiten a ciertas “marcas de clase”.

Ahora bien, como ya he mencionado, en nuestros países, fruto de la colonia, las clases también están racializadas: a partir de la idea de raza, se construyeron nuevas identidades históricas, asociadas ciertos roles naturalizados y lugares en la estructura de la división del trabajo (Quijano, 2014, p.778). Sin embargo, esta cuestión no se explicita en los documentales analizados. Esto no quiere decir que debamos ignorarla, porque, sin lugar a dudas, los jóvenes hegemónicos deben carecer de la “marca del indio” (Segato, 2007, p.156). Tan naturalizada

está la jerarquía de razas, que es algo que ninguno de los documentales analizados se pregunta y, justamente por eso, resulta fundamental explicitarlo aquí. Porque la hegemonía blanca se impuso en el control de la subjetividad, del conocimiento y su producción, pero también en los cuerpos físicos e individualizados (Quijano, 2014, p.787). Por lo tanto, nuestros jóvenes de sectores populares no solo son relacionados a todos los atributos desviados que venimos viendo, sino que, además, en sus cuerpos se inscriben todas las “marcas de la subalternidad”.

### **3. Cumbia villera y cumbiatón: construcción identitaria de los “pibes chorros” y los reggaetoneros**

En el último capítulo de la tesis me dediqué a hallar algunas formas en que los reggaetoneros y los “pibes chorros” se autoperceben. Me acerqué a la forma en que ellos mismos construyen su identidad, la cual, por supuesto, no puede pensarse por fuera de las representaciones que sobre ellos pesan (Hall, 1996, p.18). Mientras se construyen discursos y representaciones sobre los jóvenes, en ellas mismas los “pibes chorros” y los reggaetoneros pueden formar su identidad. Dicho de otra manera, si en las representaciones se los relaciona con ciertos atributos y conductas, la identidad de estos jóvenes se retroalimenta a través de estas miradas y reproduce dichos marcadores identitarios.

En este sentido, es posible pensar que los grupos en cuestión se conforman como sitios de socialización (ante el proceso de “desinstitucionalización” que los atraviesa) y que allí generan una cultura con su propia jerga, vestimenta o música; una identidad en diferencia que no puede ser pensada por fuera de lo que la mirada externa dice de ellos. Sin embargo, esa reproducción no es directa, sino que conforman su identidad también en base a la resignificación de esos marcadores y a partir de la diferencia.

Este análisis lo hice a partir de las producciones culturales de estos colectivos, específicamente a través de la música, haciendo hincapié en dos ritmos musicales que se identifican fuertemente con los jóvenes en cuestión: el reggaeton y cumbiatón para el caso mexicano y la cumbia villera para el argentino.

En primer lugar, trabajé cómo se conforma un *nosotros* “pibes chorros”, que es fundamentalmente a partir de la oposición y el antagonismo con la policía, los “chetos” y todo el que no sea parte de “la esquina” o “la vagancia”. Es *nosotros contra* ustedes. Mucho de ese *nosotros* pasa por la “fidelidad” a los “valores” del ser joven de una villa, que no en pocas ocasiones está en sintonía con los atributos asignados exógenamente. Así, se reprocha a quienes ya no visten de la misma manera (por ejemplo, la vicera y las zapatillas), a quienes cambiaron o a quienes abandonaron “la vagancia”. Es decir, un joven puede dejar de ser un “pibe chorro” *porque* ya no cumple con esas características.

El *nosotros* de los reggaetoneros, por su parte, aunque también se diferencia de otros, se

construye más a partir de lo que los une (lo que sí los identifica) que de lo que los separa de los demás. Aquí, en primer lugar, es fundamental la cuestión de la estética y la vestimenta. Se alude a las marcas GOGA o Jordan, así como a cómo se usa esa ropa y se combina con collares o imágenes de San Judas, de forma “chakalona”.

En este aspecto es importante decir que, en las canciones analizadas, tanto para los “pibes chorros” como para los reggaetoneros hay referencias a los mismos atributos anteriormente trabajados, pero con una apropiación diferenciada. En el caso de los primeros, la cumbia villera suele reivindicar mucho de lo que los estigmatizaba, incluso la forma de referirse a sí mismos como “pibes chorros”: el ser negros, la manera de vestir, los cultos a santos vinculados a los delincuentes, el lenguaje barrial, la “vagancia”, etc. Por parte de los jóvenes mexicanos, también existen las alusiones a los atributos asignados exógenamente pero, a diferencia de los “pibes chorros”, es más evidente el intento de “desembarazarse” de ciertos estigmas, especialmente los vinculados con la delincuencia. Asimismo, son notorios los silencios alrededor del mismo vocablo “chaka”, o todas las agresiones que reciben por ser, supuestamente y como si fuera algo malo, afeminados.

Otro tema destacable es el hecho de que en el cumbiatón y reggaeton *underground* se realizan ciertas “traducciones” de las aspiraciones reflejadas en el reggaeton de origen portorriqueño o producido en Estados Unidos. De esta forma, existe por parte de los “chakas” una apropiación diferenciada de lo que propone dicho género: ya no se viste ropa de marca, sino sus clonaciones; en lugar de automóviles lujosos, aluden a la motoneta; ya no se filman los videos en casas lujosas y rodeados de mujeres con cuerpos hegemónicos, sino en los mismos barrios y con las mismas reggaetoneras, etc.

Por otra parte, en la percepción como identidad colectiva, es fundamental el barrio y el territorio, que se van construyendo además como sitios donde, entre otras cosas, se desarrollan disputas políticas. Los barrios se tornan fundamentales en cuanto forman parte de la socialización y del encuentro de estos jóvenes, especialmente a partir del gran crecimiento de sus ciudades y a los cuales fueron asignando sentido como parte de sus estilos de vida (Valenzuela, 2005, p.60). Podemos decir que las colonias y municipios populares de la Zona Metropolitana del Valle de México, así como las villas, son espacios donde se configuran las culturas juveniles en cuestión, alejadas de las instituciones tradicionales como la escuela, la familia o trabajo y donde pueden regir sus propias normas (Garcés-Montoya, 2003, p.29). Además, a través de sus reivindicaciones identitarias (en la lucha por el espacio público, en sus configuraciones grupales o en sus producciones), estas culturas están realizando política, aunque no lo expresen explícitamente o ella se dé por fuera de los canales tradicionales.

Un concepto que aporta a la reflexión sobre este tema es el de grupo desviado organizado, como último peldaño en la carrera de la desviación de Becker (2009, p.56), porque en él se despliegan acciones que buscan legitimar la pertenencia a dicho grupo; acciones que pueden

percibirse como resistencias, tanto al frecuente hostigamiento policial que reciben, como a todas las miradas estigmatizantes que han sido señaladas. En un grupo desviado organizado, los miembros comparten el haber sido así etiquetados, lo cual les hace sentir que comparten un destino, idea a partir de la cual surge una “cultura desviada”, una cultura de la diferencia, que les permite desarrollar “un conjunto de actividades rutinarias basadas en esas perspectivas” (Becker, 2009, p. 44). Además, en dichos grupos se suele generar una justificación de esa desviación.

Por parte de los reggaetoneros, incluirse en los combos fortalece la identidad “desviada”: tienen una estructura organizada, un nombre en específico, puntos de reunión establecidos y también cierta racionalización de sus acciones. Estos combos podían incluir hasta 1200 personas y, aunque entre las configuraciones había disputas y peleas, el participar de un combo los agrupaba bajo una identificación en común. Otro ejemplo donde el combo como grupo desviado organizado se manifiesta como una acción política es en la disputa por el espacio público, especialmente en el transporte. Los reggaetoneros resisten a la rigidez de las normas sobre su uso (cómo debe usarse, cuánto se paga, cuántas personas deben subir, etc.); reglas que muchas veces logran negociar.

Esta situación de los jóvenes asociados a la conflictividad se extiende al tema de las tardeadas (nombre asignado a sus fiestas), frecuentemente prohibidas y, por tal motivo, paulatinamente desplazadas hacia las periferias de la Ciudad y el Estado de México (Ernesto, 2014, p.12). Esta cuestión justamente muestra lo disruptivo de las acciones de estos jóvenes: ante el intento de apropiación del espacio público por parte de los desviados, las respuestas institucionales no han sido en función de propiciar que estas fiestas se pudieran realizar, negociando con los jóvenes y con los vecinos, sino que la salida fue volverlos a expulsar.

Ahora bien, también podemos pensar al cumbiatón y al reggaeton *underground* en sí mismos como una acción política o un espacio de resistencia. En primer lugar, cabe decir que el deseo por el disfrute de estos géneros es un elemento central en la organización de las tardeadas y por lo tanto motiva muchas de las acciones relatadas hasta ahora. Pero, al mismo tiempo, esta música se constituye como un elemento que los aglutina y que expresa esa identidad en diferencia. Así, en el reggaeton mexicano se muestran muchos de los aspectos que son estigmatizados y caracterizados como desviados en las miradas externas, como la forma de vestir, el pertenecer a barrios populares, el consumo de la mona, etc.; pero son explicados y reivindicados desde la propia visión de estos jóvenes de sectores populares.

En el caso de los “pibes chorros”, la disputa por el espacio público a través de los grupos desviados también puede encontrar algunos ejemplos. En primer lugar, encontramos numerosas organizaciones barriales contra la violencia institucional que reivindican la pertenencia a la villa. Si bien cada una de ellas pueden ser consideradas “grupos desviados organizados”, en el caso de los “pibes chorros” no hay una configuración equivalente a la de

los combos.

En donde, ciertamente, existe una mayor identificación y pueden verse intentos de justificar o, al menos, “normalizar” sus atributos de la desviación, es en la cumbia villera. En ella hay, como en la mayoría de los grupos desviados organizados, un repudio hacia las normas convencionales (Becker, 2009, p.58) y un cambio de significación a lo que bajo la mirada externa los estigmatiza. Los protagonistas son los “pibes chorros”, como colectivo; y se burlan de los valores tradicionales y en cambio reivindican (con algunas salvedades) el ser vagos, consumir drogas, no tener trabajo o familia estable, etc.

A través de la cumbia villera, además, poco a poco la juventud popular asociada a ella también fue ocupando espacios públicos y privados de entretenimiento, así como barrios diferentes a los de su origen (Chaves, 2018, p.146). Las respuestas institucionales han sido, al igual que con los “chakas”, criminalizantes y prohibicionistas: por ejemplo, cuando la cumbia villera comenzaba a propagarse, el COMFER decidió censurarla. Pero además, como una forma de regular sus comportamientos, los habitantes de las villas, especialmente los jóvenes varones, sufren constante hostigamiento policial, que va desde pedida de documentos, cacheos, hasta torturas físicas y psicológicas más graves. En ese marco, a pesar de la frecuente connivencia entre las fuerzas policiales y de seguridad y las redes delictivas, la mayoría de las soluciones a la “inseguridad” se dan aumentando la presencia de dichas fuerzas, especialmente en los barrios pobres de la Ciudad de Buenos Aires y su Conurbano

Por otra parte, es preciso señalar que la cuestión de género se hace muy presente en las producciones culturales, como eje central que construye la identidad masculina de estos jóvenes.<sup>1</sup> Al menos en las canciones, la afirmación del varón se realiza a partir de negar y distanciarse de todo lo femenino, tanto de las mujeres como de las disidencias sexuales, especialmente, la homosexualidad. Pero mientras las primeras pueden ser objeto de disputa con otros hombres y su posesión es símbolo de prestigio, el ser “puto” es lo que se presenta como lo más alejado posible de la identidad masculina. Ésta, llamativamente, en unas culturas juveniles subalternas termina construyéndose en torno a los valores de una “masculinidad hegemónica”. En este sentido, contribuyen a perpetuar la estructura binaria de la modernidad en la que cualquier manifestación de la otredad constituye un problema, pues se aleja del “equivalente universal” que es el hombre (Segato, 2010).

El último tema que abordé fue la posibilidad de que estas culturas juveniles accedan al lugar de enunciación. La pregunta es si las producciones analizadas, en definitiva, pueden salir de su posición subalterna y, de esta forma, hablar. En el caso de la cumbia villera, su masiva

---

<sup>1</sup> Habría muchos puntos para trabajar la cuestión de género. En este caso, analizo la construcción de la identidad masculina porque cuando hablamos de “pibes chorros” se trata casi exclusivamente de varones, lo cual se refleja en la cumbia villera; y porque respecto de los reggaetoneros, aunque haya mujeres y su participación en los combos es bastante equitativa, las canciones de cumbiatón y reggaeton *underground* poseen una mirada predominantemente masculina.

difusión permitió, en un principio, cierta posibilidad de habla por parte de los “pibes chorros”, en tanto irrumpieron en la esfera pública las problemáticas que los atravesaban, sus estilos de vida, etc. Sin embargo, ese acceso al habla fue relativo, puesto que se mantuvo su asociación negativa con la “negritud”, mientras que su baile era cada vez más difundido entre las clases medias y altas, quienes, además, terminaron cooptando el género, como una forma de “blanqueamiento” del mismo. De esta manera, la cumbia villera fue plebeyizada (Alabarces y Silba, 2014) y, con ese proceso, los “pibes chorros” volvieron a su lugar subalterno, imposibilitados de hablar.

Respecto de los reggaetoneros, aunque el reggaeton portorriqueño y estadounidense ha sido sumamente difundido mundialmente y en todas las clases sociales, esto no ocurrió con el cumbiatón y reggaeton mexicano, todavía en el ámbito underground. En este sentido, aunque las “traducciones” del primero a las problemáticas propias sea un intento de acceso al lugar de enunciación, la asociación de estos sub-géneros con “lo chaka” (siempre en sentido negativo) sigue presente. Por lo tanto, en el caso mexicano la imposibilidad de hablar de esta cultura juvenil parece más acentuada que en el argentino.

## **Conclusiones**

Considero que la investigación que presenté aquí resulta relevante por acercarnos a los discursos que ubican a las culturas juveniles analizadas dentro de lo desviado y de lo subalterno. Haber encontrado tantos puntos en común entre dos grupos diversos, ubicados en dos extremos del continente y con sus características propias, pone la problemática en perspectiva latinoamericana: las juventudes pobres en esta región como las que “atentan” a ciertos valores hegemónicos y a la seguridad urbana.

Es decir, en el marco de la implantación del neoliberalismo, que trajo como una de sus consecuencias la acentuación de las desigualdades de la región, se desarrollaron las culturas juveniles que aquí analicé y que, en tanto pertenecientes a la clase baja, se convierten en “otros” peligrosos, ya sea porque constituyen una amenaza para los valores de la propiedad privada y la vida de las personas (cuando se los acusa de delincuentes y de estar ligados a la violencia), o porque atentan contra las ideas de “lo bello” o “lo correcto”. De cualquier forma, son los jóvenes pobres los sujetos que aglutinan las amenazas a un orden imperante. En efecto, que se haga tanto hincapié en los disturbios que aparentemente provocan estos jóvenes, o que se critiquen sus actividades de esparcimiento, nos da la pauta de que las dos culturas son criminalizadas no solo por su supuesta asociación al delito, sino porque todos sus atributos se presentan como “marcas de subalternidad” que atentan contra el orden y los valores hegemónicos.

Queda muy claro que, desde los discursos exógenos analizados, el punto central que tienen en común las dos culturas juveniles es su condición de clase y que es ella la que las ubica en

la posición de desviados, que deriva en la fuerte criminalización y estigmatización que reciben. A ello se suma la mencionada asignación de atributos que, en función de que remiten a su condición socioeconómica, también son catalogados como desviaciones. Por su pertenencia de clase, estos jóvenes en particular “atentan” al sentido común neoliberal a partir del cual, dados los procesos iniciados desde las décadas del ‘70 y ‘80 en América Latina, se ha normalizado la precariedad, la exclusión y la violencia, amparada en un discurso meritocrático que ha legitimado (y naturalizado) la estigmatización de las clases pobres. Éstas, además de peligrosas, pasaron a ser “desechables” y, como vimos, esa excedencia legitima un aumento de su criminalización.

A la cuestión clasista se suma también la condición juvenil: en tanto jóvenes de clases populares, “chakas” y “pibes chorros” son “doblemente indeseables”. Aunque la juventud en sí misma es, en cierta medida, subalterna dentro de un mundo adultocéntrico, no todos los jóvenes son catalogados como indeseables y por ello eliminables: es el ser jóvenes y pobres lo que los ubica en el límite de la desviación. En este sentido, los procesos de exclusión que atraviesan a estas culturas juveniles (de la educación, del mercado laboral formal, de los consumos hegemónicos, etc.) construyen estigmas y terminan justificando su eliminación (su juvenicidio); posibilitado además por su permanente construcción como otros sobre los cuales recae la sospecha de atentar contra un nosotros víctima.

Por otra parte, a la cuestión de clase se suma la racial: tener una “tez humilde”, o ser “negro” pone (una vez más) a los “chakas” y a los “pibes chorros” en un lugar desviado. Sin embargo, es muy importante recalcar que, aunque desde los discursos más criminalizantes (en este caso, los materiales de las redes sociales) se explicita que ser de raza no blanca es algo negativo, esto desaparece en los discursos más progresistas que intentan “defender” a los reggaetoneros y a los “pibes chorros”. Por más de que la raza y la clase están sumamente imbricadas como fruto de la colonización, hay cierta invisibilización del tema; y esto se vuelve central, en cuanto nos da un indicativo de cuán arraigada y naturalizada está la jerarquía de razas.

Por otro lado, aunque en este trabajo he dado mayor importancia a la clase y la raza como vectores que marcan la desviación de los jóvenes que me interesan, la cuestión del género también se constituye como un eje que atraviesa tanto los discursos exógenos alrededor de estas culturas juveniles, como su propia construcción identitaria. Sin embargo, en uno y otro país es diversa la manera en que se manifiesta. Por una parte, ¿qué nos dice sobre la situación de las mujeres y las disidencias sexuales el énfasis en la crítica a la homosexualidad o la estética afeminada a “los chakas”? Que desde las redes sociales se haga tanto hincapié en que el “problema” en los reggaetoneros varones es que se asemejan a las mujeres y esto, casi como un sinónimo, los convierte en homosexuales –todo lo cual los rebaja, los disminuye, en cuanto las mujeres se encuentran debajo de los hombres en la jerarquía de género–, nos

da la pauta de que el género también se constituye como un eje fundamental que puede marcar desviación o hegemonía.

Ahora, aunque este eje se suma a las condiciones de clase y raza como clasificadores sociales, en mi trabajo he abordado someramente la cuestión, y más en función de cómo construyen los jóvenes varones su identidad masculina en oposición a lo femenino (tanto las mujeres como todos los que no se apeguen a la heteronorma). Será interesante pensar, en futuras investigaciones, cuál es el lugar que las mujeres ocupan en las culturas juveniles analizadas. Además, mientras aquí ahondé en las violencias simbólicas y materiales que se ejercen sobre los varones de clases populares, resultará fundamental abordar también específicamente cuáles y cómo se ejercen sobre las mujeres de dichas clases.

Otra cuestión que se abre como futura línea de análisis tiene que ver con el vínculo que existe con la palabra en México y Argentina respectivamente. Esta pregunta surgió a partir del análisis de los memes del primer capítulo: ¿por qué en los discursos alrededor de los “chakas” los mencionados materiales visuales están mucho más cargados de texto que los dirigidos a los “pibes chorros”? Esto también puede desarrollarse en función de otra parte de la presente investigación, la de la cumbia villera y el cumbiatón. Aunque me dediqué a vislumbrar qué aspectos identitarios parecen emerger de estas canciones, el tema del lenguaje precisa mayor hincapié, e interpretar en extenso la forma en que se usa en ambos ritmos puede darnos mayores pistas sobre estos interrogantes.

Asimismo, y en relación a la cuestión de la palabra en uno y otro país, creo que queda pendiente analizar con más detalle qué cosas están “permitidas” decir y en qué contexto, en función del concepto de formaciones discursivas de Foucault (2002). En la tesis menciono numerosas veces que existen algunos “silencios” que diferencian los casos de análisis: así, pareciera no estar permitido un lenguaje de odio tan explícito hacia los “pibes chorros” como sí existe hacia los reggaetoneros. O, por otra parte, en el caso mexicano prácticamente no aparece la cuestión político-partidaria, al menos no con tanto énfasis como sucede en Argentina. Seguramente, estos silencios tendrán que ver con las “reglas de lo decible” dictadas por las formaciones discursivas alrededor de las juventudes pobres y del problema de la (in)seguridad, que tienen sus matices en uno y otro país. Surge así, de este trabajo, otra línea de reflexión a futuro.

La última cuestión que quisiera remarcar tiene que ver con la discusión acerca de la posibilidad de hablar por parte de estas culturas. Es importante recalcar que con el análisis que realicé no pretendí “hablar por ellos”, ni “darles voz”. En su condición de subalternos, querer ubicarme en ese sitio sería repetir las críticas hechas a los documentales: ni yo puedo ser “dadora de voz”, ni tampoco puedo decir que mi análisis sea totalmente objetivo y neutral, como si los elementos que señalé que componen las identidades fueran “hallazgos” en el sentido de una realidad “descubierta”. Por el contrario, creo fundamental explicitar que, así como los



discursos estigmatizantes construyen al “pibe chorro” y al “chaka”, mis conceptualizaciones seguramente también lo hagan.

Esto no implica abandonar la posibilidad de estudiar las problemáticas relacionadas con los jóvenes pobres, sino no pretender ser su representante, su portavoz; pero tampoco suponer que mi trabajo, por intentar deconstruir las miradas hegemónicas, no los esté constituyendo como objetos al mismo tiempo. Es decir, mi reflexión sobre estos jóvenes también está contribuyendo a su constitución, aunque intente romper con los discursos estigmatizantes y con una visión homogeneizante de estas juventudes.

Por otra parte, también veo necesario preguntarme hasta qué punto este trabajo puede contribuir a la deconstrucción de un discurso tan arraigado y que posee efectos materiales en los jóvenes de sectores populares. Es decir, desde una investigación académica ¿podemos pensar en tal incidencia política? Si, como plantea Giddens (1984), la actividad crítica de las ciencias sociales puede ser una intervención práctica y política sobre la sociedad, estaré aportando a desarmar el sentido común alrededor de la problemática; siempre que con este trabajo se vislumbren algunos de los mecanismos que en toda la región imponen la categoría de desviados a estos jóvenes y, por ello, habilitan su eliminación. Obviamente, no es esta investigación por sí sola la que puede cumplir tal objetivo, sino ella como pequeña contribución a todo el universo de trabajos que se dedican a esta tarea en diversos lugares de Latinoamérica.

Además, creo que la actividad crítica no puede quedar enclaustrada en los muros de la universidad, sino que debe acercarse a la población ajena a ella, para que la necesaria construcción de nuevos consensos alrededor del tema se haga entre distintas instituciones sociales que, como autoridades de gobierno, puedan contribuir a disputar los sentidos y significados alrededor de los jóvenes pobres. De igual manera, estas disputas deben incluir a los sujetos a los cuales se refieren. En este sentido, si aquí he delineado algunos aspectos que creo que aportan a la deconstrucción de los discursos hegemónicos sobre estas culturas juveniles, al mismo tiempo, no deja de ser una mirada externa sobre la problemática. Se abre así otra perspectiva de trabajo, que incluya el trabajo in situ con los jóvenes en cuestión, y con ellos como narradores en primera persona.

### **Bibliografía**

- ALABARCES, Pablo y SILBA, Malvina, (2014), “Las manos de todos los negros, arriba. Género, etnia y clase en la cumbia argentina”, *Cultura y representaciones sociales*, Año 8, N° 16, pp. 52-74.
- ASENSI PÉREZ, Manuel, (2009), *La subalternidad borrosa. Un poco más de debate en torno a los subalternos*, Barcelona: MACBA.
- BECKER, Howard, (2009), *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*, Buenos Aires:

Siglo XXI.

- CHAVES, Mariana, (2018), "Tres apropiaciones o más. Dialogando 10 años después con el texto de Sergio Tonkonoff sobre pibes, choreo, ropa deportiva y la moral del amo", *Cuestiones criminales*, Año 1, N°1, julio 2018.
- EMMELHAINZ, Irmgard, (2016), *La tiranía del sentido común. La reconversión neoliberal de México*, México: Paradiso Editores, Colección Continente Negro.
- ERNESTO, Ricardo Carlos, (2014), *Las juventudes en la escena del reggaeton: chakas y combos en el Distrito Federal y Zona Metropolitana del Valle de México*. Tesina de Licenciatura en Ciencias Sociales, UACM.
- FOUCAULT, Michel, (2002), *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- FRAGA, Eugenia, (2013), "El problema de la identidad en los estudios poscoloniales. clasificación racial, historias de las minorías, reconocimiento intercultural", *Astrolabio*, N.º 11, pp. 386-410.
- GARCÉS-MONTOYA, Ángela, (2003), "Identidad fragmentada... Identidad performativa: del estilo a las culturas juveniles", *Anagramas*, Vol. 2, N.º 3, pp. 25-42.
- GIDDENS, Anthony, (1984), *The Constitution of Society: Outline of a Theory of Structuration*, Cambridge: Polity Press.
- GOFFMAN, Erving, (2006), *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires: Amorrortu
- (2012), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires: Amorrortu, pp. 15-93.
- GRAMSCI, Antonio, (2004), *Antología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GUHA, Ranajit, (1999), "Introduction," "Negation," en *Elementary Aspects of Peasant Insurgency*. Duke University Press, pp. 1-76.
- HALL, Stuart, (1996), ¿Quién necesita identidad?, en Hall, Stuart y Du Gay, Paul (comp.), *Cuestiones de identidad*, Buenos Aires-Madrid: Amorrortu Editores.
- MÍGUEZ, Daniel, (2010), *Pibes chorros: estigma y marginación*, Bs. As.: Capital Intelectual S.A.
- OMAÑA, Enrique, (2017), *Reggaetoneros en la Zona Metropolitana del Valle de México: radiografía de una cultura juvenil*, ICR Maestría en Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-Cuajimalpa.
- QUIJANO, Aníbal, (2014), *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/ descolonialidad del poder*, Buenos Aires: CLACSO.
- RANGUGNI, V., (2010), Prácticas policiales y gobierno de la (in)seguridad en Argentina. Apuntes para pensar el uso de la fuerza letal como técnica de regulación biopolítica, en AAVV, *A la inseguridad la hacemos entre todos* (pp. 231-251). Recuperado de <http://la-periferica.com.ar/descargar.php?libro=978-987-25914-0-3.pdf>
- RODRÍGUEZ ALZUETA, Esteban (comp.), (2016), *Hacer bardo. Provocaciones, resistencias*

y derivas de jóvenes urbanos, La Plata: Malisia.

- SAINTOUT, Florencia, (2002), "La criminalización de los jóvenes en la TV: los pibes chorros. Un acercamiento a la cultura desde los medios, *Signo y Pensamiento* (pp.99-106), vol. XXI, N.º 14, julio-diciembre 2002.

- SEGATO, Rita, (2007), "El color de la cárcel en América Latina. Apuntes sobre la colonialidad de la justicia en un continente en deconstrucción", *Revista Nueva Sociedad*, N.º 208, marzo-abril 2007, pp. 142-161.

-----, (2010), "Género y colonialidad: en busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico descolonial", en QUIJANO, Aníbal y MEJÍA NAVARRETE, Julio (eds.), (2010), *La Cuestión Descolonial*. Lima: Universidad Ricardo Palma.

- SEGHEZZO, Gabriela, (2010), Entre los Derechos Humanos y la (in)seguridad: modos de construcción de la "violencia policial" en las ciencias sociales, en AAVV, *A la inseguridad la hacemos entre todos* (pp. 51-72), recuperado de <http://la-periferica.com.ar/descargar.php?libro=978-987-25914-0-3.pdf>

-SPIVAK, Gayatri, (2003), "¿Puede hablar el subalterno?", en *Revista Colombiana de Antropología* 39, pp. 297-364.

- VALENZUELA ARCE, José Manuel, (2005), "El futuro ya fue. Juventud, educación y cultura", *Anales de la educación común*, Año 1, N.º 1-2, Adolescencia y juventud, pp. 28-71.

- VELÁZQUEZ RAMÍREZ, Adrián, (2012), "El 'discurso de la seguridad' en México (2006-2010)", en *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, Vol. XIX, Nro. 54, Mayo- Agosto de 2012.

- VITE PÉREZ, Miguel Ángel, (2006), "Reseña de *La ciudad de cuarzo* de Mike Davis", *Estudios demográficos y urbanos*, vol. 21, núm. 2 (62), pp. 497-503.

### **Materiales audiovisuales**

- CABRERA, Abelardo, BRYK, Agustina, PERNER, Andrea, VIEDMA, Gloria (productores) y TESTA, Andrea (directora), (2016), *Pibe chorro*, Argentina: Pensar con las manos. Disponible en <https://vimeo.com/136126589>.

- MÉNDEZ, Adrián (productor) y RIVERO, Guillermo (director), (2017), *Pablito Mix y la evolución del Cumbiatón*, México: VICE. Disponible en [https://www.vice.com/es\\_latam/article/43gj5d/no-importa-si-son-de-barrio-o-hipsters-todos-perrean-pablito-mix-y-la-evolucion-del-cumbiaton](https://www.vice.com/es_latam/article/43gj5d/no-importa-si-son-de-barrio-o-hipsters-todos-perrean-pablito-mix-y-la-evolucion-del-cumbiaton).

- MURRIETA, David (productor) y LOYOLA, Bernardo, (director), (2013), *Miscelánea Mexicana: Pablito Mix y los super ídolos del cumbiatón*, México: VICE. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=EDv-RQBnI9A>

- S/D, (2019), *Familia adoptiva: Uzielito Mix*, México: VICE. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=DyMjb46GXKY>

